

relacion con la política, ó si la fe se adhiriase mas al sistema monárquico que al republicano ! ; Como si la Iglesia católica no estuviese obligada siempre á purificar con el castigo el crimen de sus miembros, y especialmente cuando mancha al ministro del Santuario ! Nosotros repetiremos la opinion emitida respecto á estas conversiones por un escritor inglés :
 « Debemos confesar con franqueza que nuestros compatriotas anglicanos nos colocan en una posicion difícil cuando hablan de conversiones obradas por ellos entre personas de algun rango en la sociedad. Si la conducta de estos individuos que alistán y hacen maniobrar sobre los tablados de Exeter-Hall no fuese mas que medianamente inmoral, no nos veriamos en tanto embarazo para hablar ; mas sus desórdenes son tan monstruosos y tan repugnantes que preferimos mas bien guardar un silencio absoluto.... Tales son los convertidos de que se gloria el protestantismo, tales los que oponen á los nombres ilustres de Newman, Spencer, Thyner, Manning y tantos otros que de dia en dia abandonan el pendon de la reforma para abrazar la religion católica. Á nombres conocidos y honrados desde muy atras en todas partes se oponen los de oscuros fanáticos que el catolicismo arroja de su seno, y al frente de hombres que eran la gloria de la Iglesia anglicana, que les vió con dolor dejar su bandera, se colocan personas viciosas á quienes evita todo individuo protestante ó católico con el mismo cuidado que al reptil ponzoñoso. »

Mas vengamos ahora á ver las consecuencias de esta inaccion ; ellas se dejan sentir bien en todos los escalones sociales de Inglaterra, haciendo experimentar un triste desengaño á quien las observa desde cerca.

CAPÍTULO XIII.

En la conciencia del pueblo no existe el elemento salvador. — La religion de los grandes. — La fe de los ricos. — Una reflexion que desconsuela. — La beneficencia en Inglaterra. — Diferencia esencial que existe entre esta y la que practica el catolicismo. — Una impresion en el hospital de San Bartolomé. — La condicion del pueblo son la ignorancia y la miseria. — Consecuencias. — Crímenes.

Entremos ahora á examinar la sociedad, é indaguemos si en la conciencia del pueblo inglés vive realmente ese elemento salvador que han creído divisar algunos protestantes. Existe en nosotros un resorte que influye de una manera eficaz sobre nuestras tendencias y sobre nuestros actos. Este resorte es la conciencia. Una de dos cosas sucede siempre en el hombre : ú obedece las inspiraciones de su conciencia, ó la voz imperiosa de su pasion : si lo primero, su marcha es firme é igual, porque obrando se somete á una inspiracion interior que le dirige sin violencia ; mas no sucede así en el otro caso : el hombre obra entónces sometido á un sentimiento pasajero, que cambiará del mismo modo que se mudan los intereses que lo dispiertan. La conciencia no se forma por sí sola ; hay un elemento sobrenatural y eterno destinado á dirigirla, y sin el cual no será mas que el juguete de sus pasiones, como lo es la barquilla sin timon de los vientos encontrados en el seno inmenso del Océano : aquel elemento es la religion, elemento único que tiene accion directa sobre la conciencia, único que posee la fuerza necesaria para dirigirla y moderarla en todas las circunstancias de la vida, y único que, influyendo di-

rectamente sobre el individuo, obra al mismo tiempo directamente sobre la sociedad á que este pertenece.

La experiencia y la filosofía tienen demostrado hasta la evidencia que el hombre lleva inoculado en sus pasiones el elemento destructor del interes material, que robustecido por ideas y por doctrinas que le lisonjean, se dispone para obrar en sentido contrario al interes de los demas. La conciencia, entregada á sí misma sin ser bastante fuerte para combatir enemigo tan formidable, concluye por rendirse delante de sus baterías, donde divisa mil objetos que le son demasiado caros, y en los que ve cifrado el único bien que conoce, á saber: el bien de la vida presente. Mas cuando esta conciencia se ha colocado á la sombra de la Religion, cuando ilustrada por sus principios espera algo que no divisa entre los objetos que le señala el interes material, cuando conoce para obrar motivos infinitamente nobles, y que ántes ignoraba del todo, entónces se considera como en un mundo nuevo, donde lo material cede á los intereses del espíritu, y el deseo ardiente de las cosas efímeras se prosterna ante otros que elevan el alma y ennoblecen su existencia. Á su vista no son entónces las riquezas las que causan la dicha del hombre, ni el esplendor de la dignidad el que le eleva entre los demas; al contrario, el hombre es tanto mas grande cuanto mas sabe hacerse independiente de la fortuna, y mas digno de respeto cuanto vive ajeno de los falsos oropeles que visten á la vanidad. Sufrir sin penar las privaciones, someterse á ellas voluntariamente, luchar con el cuerpo y vencerle por la fuerza de la voluntad; ved ahí el espectáculo que encuentra noble y digno de admiracion.

El protestantismo desconoce esta filosofía divina que inculca constantemente el catolicismo en el corazon de sus fieles, como el compendio práctico de las inspiraciones sublimes del Evangelio. Así es que miéntras el catolicismo se desata en alabanzas para elogiar debidamente á los hombres

generosos que supieron practicarlas, miéntras recomienda la virtud del individuo en cuyo aprecio los bienes de la tierra no valieron mas que el lodo que hollaba la planta de su pié; él derrama sobre esas virtudes generosas el ridiculo que le inspira su frio egoísmo, y condena al desprecio al hombre que las practica con tan superior grandeza de alma. Misticismo vano, ilusiones entusiastas, máximas chocantes, ved ahí lo que son á los ojos de una filosofía materialista el desprendimiento que inspira el Evangelio en el espíritu de sus verdaderos creyentes. ¡ Ah, tan cierto es que solo en el número de estos se cuentan hombres cuyo corazon palpita bajo la influencia de goces de otra naturaleza que los físicos que ofrece, como la serpiente el fruto vedado al primer hombre, una filosofía terrena y animal! ¿ Y cuál es el aspecto que presenta una sociedad formada de individuos en cuya conciencia dominan por desgracia estos principios? Sin salir de Lóndres lo conoceremos bien, por mucho horror que cause al alma que alimenta todavía la noble generosidad que inspira el cristianismo.

Entrad en esos palacios, cuyo ajuar pudiera competir á veces en magnificencia con el de sus monarcas; observad ese lujo asombroso y á nada comparable sino á la fortuna inmensa de que son dueños los que lo gastan; el soberbio aparato de carrozas, de criados, de diversiones y de placeres que preside cada dia en todos estos lugares, y el estudio prolijo con que los dependientes subalternos procuran alejar todo cuanto pudiera fastidiar á los grandes que los habitan. Pero al traves de todo este esplendor que deslumbra, percibiréis sin trabajo la pasion del oro, una solicitud ardiente por los goces físicos, y un pensamiento, un deseo y un afan constantes, dirigidos exclusivamente hácia el bienestar material.

Indagad cuál es la conciencia religiosa de la mayoría de estos hombres: oiréis que se llaman cristianos; pero en su casa, en el seno de su familia, ninguna señal de fe encon-

traréis. Rara vez asistirá alguno al servicio de su comunión; ocupará allí un asiento de honor, en donde medio recostado dormitará tranquilamente, mientras su *pastor* predica ó dice sus oraciones con el resto de sus creyentes. Su religión verdadera, su única fe es el positivismo, es el materialismo; su Dios es el dinero, su culto la preferencia constante que le da sobre sus verdaderos y mas nobles intereses, y sus sacrificios aquella ansiedad de goces materiales; las comodidades de la vida llevadas hasta el extremo, la mollicie halagada en toda su extension, y la gula extendida hasta el refinamiento... Estos hombres viven para su vientre, sus puertas las encontraréis cerradas para el pobre: la pintura de la miseria les fastidia, sus oídos son insensibles á los gritos de la indignancia, y su corazón jamás palpita bajo las dulces inspiraciones de la caridad. Les veréis sacrificar libras esterlinas á millares para hermopear sus palacios, para entapizar sus salones, para amontonar en su biblioteca libros que no han de leer, para aderezar sus coches y sus libreas, para embellecer mas y mas sus jardines, y para regalar sus caballos y sus perros de caza; pero mientras tanto no alargarán un chelín al mendigo, tolerarán impasibles que el miserable, yerto de frío, suspire á su puerta y muera de hambre... *Yo he pagado mi contribucion para los pobres...* Ved ahí su única respuesta al clamor de la indignancia.

Echad despues una ojeada sobre la clase média, y su condicion no la encontraréis mejor. Sus individuos trabajan incesantemente, sus afanes se redoblan en presencia de las dificultades en que tropiezan, á sus fuerzas no extenúa ningún género de trabajo.... pero ¿qué buscan? ¿cuál objeto les alienta mientras tanto? El comerciante, el artista, cada uno de cuantos la componen desea poseer una fortuna, y con ella proporcionarse los mismos goces, sostener el mismo esplendor y ocupar el mismo rango que los nobles: ved aquí su objeto único; objeto material, objeto positivo en

que ninguna idea noble se alimenta. Él edificará soberbios palacios, él los adornará con primorosas estatuas de mármol y alabastro, él plantará en su rededor bellos jardines y sombríos bosques que le recreen y distraigan; él hará resonar en todos estos sitios la bulliciosa algazara de los festines; él los trasformará si se quiere en campos eliseos, donde las pasiones encuentren la satisfaccion que les exige un innoble apetito. El hambre que devora mientras tanto á sus semejantes, las miserias que sufre la multitud de mendigos, y la desgracia que oculta en el secreto una familia ántes opulenta, no turbarán ni un momento su tranquilidad; ni del copioso fruto de sus ganancias saldrá un céntimo para aliviar al necesitado. Los hombres generosos que se esmeraban á porfía en partir su fortuna con los indigentes, dotando casas de beneficencia, pertenecen á otra época; y hoy ni los nobles ni los ricos de Inglaterra abrirán sus cajas para dar muestras de generosidad, fundando asilos para inválidos ú hospitales para enfermos. En vez de todo esto, veremos salir de sus soberbios palacios nada mas que los rayos de un esplendor, que excita en unos la emulacion, y alimenta en los mas la envidia y la codicia.

Una reflexion muy sencilla, pero bien desconsoladora, basta para conocer hasta qué punto es efectiva esta triste verdad. Nadie desconoce la prosperidad material que disfrutaban millares de individuos en Inglaterra: su industria ha aumentado sus productos de un modo asombroso, su comercio se ha extendido en escala indefinida, y el desarrollo de sus intereses materiales parece tocar ya aquel grado de perfeccion soñado por una escuela que no ha querido ver en los hombres mas que máquinas destinadas á explotar los tesoros de este mundo; y mientras tanto, en medio de esta prosperidad que corriendo los siglos leida por las generaciones venideras podrá parecer fabulosa, en medio de este núcleo de riqueza siempre creciente, ¿cuál es el hospital, cuál la casa de asilo para huérfanos, cuál el colegio

para instruccion gratuita del pueblo que se ha levantado con los desperdicios de esos individuos que nadan en la opulencia? ; NINGUNO !!! Se han establecido y se establecen cada dia sociedades para mejorar las razas de los caballos que han de conducir al paseo, para refinar las crias de los perros y de otros animales que contribuyen á la holganza y al divertimiento; se han votado premios para los que presenten mejor cebadas las bestias que fomentarán el sibarismo en los banquetes de los ricos, y mientras tanto aquellas sociedades no han promovido un nuevo asilo que recoja los mil infelices que mueren de hambre y desesperacion al lado de la opulencia y en presencia de los palacios. Esta dureza de corazon, esta insensibilidad para la miseria ajena, obra exclusiva del protestantismo, es uno de los cargos que el mundo entero hace á la opulenta Inglaterra, sin que pueda esta contestarlo satisfactoriamente.

Ni podrán contradecirlo los establecimientos que vemos abiertos en Lóndres para las clases menesterosas, porque ellos no son sino el efecto de una accion administrativa, y no el resultado de la fe ni de la beneficencia del público. Hospitales existen en Lóndres y en las demas ciudades de Inglaterra, pero sin ser ciertamente debidos á acciones generosas inspiradas por la reforma; existen ántes del cisma, y su conservacion debemos considerarla puramente como obra del poder civil. Los asilos para huérfanos nacieron tambien, como aquellos, de la accion de una creencia que inspira el desprendimiento como su virtud primogénita, y muestra en la caridad la escala mas segura para llegar al premio de una inmortalidad feliz. « No es lo mismo, ha » dicho un genio profundo de nuestro siglo, fundar y sostener un establecimiento de esta clase cuando ya existen » muchos otros del mismo género, cuando los gobiernos » tienen á la mano inmensos recursos, y disponen de la » fuerza necesaria para proteger todos los intereses, que » plantear un gran número de ellos cuando no hay tipos á

» que referirse, cuando se han de improvisar los recursos » de mil maneras diferentes, cuando el poder público no » tiene ni prestigio ni fuerza para mantener á raya las » pasiones violentas que se esfuerzan en apoderarse de todo » lo que les ofrece algun cebo (1). » Lo primero es lo que hoy sucede en Inglaterra, lo segundo lo que sucedió allí mismo ahora cuatro siglos, cuando el egoísmo material no habia invadido aun su sociedad para viciarla y corromperla. La beneficencia, convertida actualmente en ramo de administracion civil, carece de elementos bastantes para llenar el objeto de su institucion. Porque, á la verdad, no se dispensa del mismo modo el bien cuando se considera solo como deber anexo á un empleo lucrativo, como cuando se ejerce como accion espontánea y oficiosa que nace del corazon inspirado por la fe: allí tiene por objeto el provecho material, la ganancia del dinero que ni inspira, ni es capaz de inspirar sentimientos misericordiosos; llenará el individuo con puntualidad los servicios de su empleo por un sentimiento de honor, pero no pasará mas allá desde que este sentimiento ha quedado satisfecho: su accion no es expansiva, ni se extiende por movimientos dilatados, sino que obra reducida al círculo estrecho de su obligacion. Mas en el otro caso no es así: el corazon, animado por un sentimiento infinito, obra tambien en una esfera ilimitada; Dios es el resorte que le mueve, la caridad es una mision que este le ha confiado para desempeñarla en medio de sus prójimos; y ni el amor de aquel dejará jamas de merecer toda especie de sacrificios, ni estos de representar siempre su viva imágen, por mas que giman agobiados bajo el peso del infortunio, ó abatidos por los dolores de la enfermedad.

El alma en quien respiran estos nobles sentimientos no retrocede cuando la miseria le descubre toda la extension de sus males; ántes bien acomete con ardor la empresa de re-

(1) *El protestantismo comparado con el catolicismo*, t. I, c. xxxiii. (Bálmés.)

mediarlos, por ardua y difícil que parezca: jamás brilla en sus ojos tanta alegría como cuando divisa multiplicarse los trabajos en presencia de su constancia, y renacer dificultades á medida que aumenta sus esfuerzos para superarlos. Ella es paciente, y sufre gozosa las impertinencias de sus encomendados: como es benigna, recibe con semblante risueño la falsa moneda con que la ingratitud paga sus heroicos sacrificios; como no busca su provecho, nada desea sino derramar cada vez mayores bienes, pero sin ostentación ni preferencia de personas; y como cree y espera, todo lo soporta y todo lo sobrelleva, sin que la ira ni la vanidad precipiten alguna vez sus movimientos. Quien haya observado de cerca las casas de beneficencia que hacen el orgullo de la capital de la Gran Bretaña, habrá visto también cuán distantes se encuentran de la influencia de estas máximas en que con pluma inspirada hizo el retrato de la caridad cristiana el Apóstol y Doctor de los Gentiles (1).

Entremos en las casas de trabajo *Work-houses*, en esas vastas ciudadelas en que la filantropía inglesa encierra á sus pobres que, incapaces por la edad ó por los sufrimientos de ganar la propia subsistencia, piden á su patria no les deje morir de hambre. El conocimiento que tengo de tales casas me hace apreciar como exacta la siguiente pintura que de ellas ha hecho un juicioso escritor inglés (2): « En estas prisiones filantrópicas no se encuentra la caridad ni los dulces cuidados que la religión prodiga al indigente. Una mujer inflexible, sentada á su puerta, rehusa cuando le agrada el permiso de entrar; un superior orgulloso y altivo da sus órdenes con los criados de un extremo al otro del edificio, y con brazo de hierro mantiene el orden y la disciplina en esta barahunda de pobres y sirvientes. En una sala comun se reúnen á la hora de comer los habitantes de esta tristemo-

(1) Carta primera á los Corintios, cap. XIII.

(2) Voorde.

rada, y en vez de oraciones y de gracias no se escuchan durante la comida sino blasfemias y maldiciones que caen de los labios de estos desgraciados. Todos visten unas mismas ropas, y reciben la misma cantidad de alimento. Allí no hay huerto ni jardín, ni alguna de las recreaciones inocentes que en otros hospicios dividen las horas de trabajo. La única distracción permitida á estos infelices es el duro y ruin alimento que toman en comun, y basta apenas para entretener su hambre. No me admira el gran número de suicidios que se cometen en estas cárceles de la miseria, pues nada hay en ellas ménos que consuelos religiosos. Una vez por semana, un ministro, armado de su Biblia, viene á rezar algunas oraciones y á dirigir una palabra, retirándose luego para recibir su paga. Si alguno de estos desgraciados se ve atacado por la fiebre, lo que sucede á menudo, es separado al punto de la sala comun y trasportado al lugar de los febricitantes. Allí durante algun tiempo desea vivamente morir presto, no como cristiano sino como una bestia. Solo el sacerdote católico penetra en estos lugares de horror, cuando su deber le llama á estar cerca de alguno, y la administracion se lo permite. En cuanto al ministro protestante, si jamás visita el departamento de los febricitantes, ménos debe esperarse verle á la cabecera del moribundo. El mal aire de este lugar podría perjudicar su salud; y por eso se contenta con decir por el enfermo alguna oración desde la sala vecina. ¿Y qué podrá hacer él en el lecho del moribundo? — ¿Leer la Biblia? — En virtud del principio del libre exámen, ¿no puede hacerlo también como él cualquiera de los enfermos que allí llegue? Yo he visto á estos desgraciados agitarse sobre el lecho de la muerte entre las torturas de una prolija agonía. Á veces el sacerdote católico se atreve á dirigir palabras de consuelo á estos pobres abandonados; mas ¡cuántas precauciones necesita emplear para esto! Una expresión en sentido católico sería bastante para excluirle para siempre de la enfermería, y entonces ¿quién visitaría los suyos?

¡Cuántas veces he oído decir á aquellos infelices : « ¡ Ah , » señor , vuestros enfermos son mas afortunados que nosotros : V. viene á visitarles , V. les habla con ternura , les llama sus hijos , y ellos le llaman padre ; pero nosotros , » ¡ ay ! V. ve cómo somos tratados !... » Nada hay efectivamente mas digno de compasion que el abandono en que viven y mueren estas pobres criaturas. Su vida se apaga al fin , y recibe la tierra el despojo mortal de un cristiano , sobre cuya tumba nadie vendrá á orar . ¡ Ah , tan cierto es que el protestantismo es árido y sin corazon ! ¡ Esta es la caridad practicada por mercenarios á nombre del Estado !

Pero ni aun son los socorros administrados á tiempo los que hacen útil y apreciable la asistencia que dispensamos al necesitado : los medicamentos , por ejemplo , presentados al enfermo con puntualidad , la conveniencia en los aposentos y en el lecho que se le concede , distan mucho de llenar por sí solos las exigencias del que sufre . La caridad tiene un secreto que les da un valor superior , y les hace apreciables por él , tanto mas que por lo que valen por sí mismos : sí ; porque ella sola posee esa ternura maternal que ve un hijo , ó un padre , ó un hermano en cada víctima de la desgracia ; porque ella sola se insinúa en el corazon lacerado por las amarguras del infortunio , hasta ganar su confianza y dominarlo por su influencia ; porque ella derrama consuelos á manos llenas , no solo sobre las dolencias de la carne , sino sobre las del corazon , y esto con dulzura tan encantadora que hace olvidar al que padece no encontrarse rodeado en sus últimos momentos por las personas á quienes le unen mas estrechamente los vínculos de la sangre ó los lazos de la amistad . Solo esa llama celestial que enciende en los corazones Aquel que *se hizo todo para todos* , y quiere que todos lo seamos tambien á su ejemplo para los demas , puede producir aquellas personificaciones para alivio de la miseria y del dolor . ¡ Oh , y qué contraste

forma colocada al frente de la insensibilidad y de la fria indiferencia que preside en los hospitales de Inglaterra sobre esas conveniencias materiales que tanto han encarecido algunos !

Por lo que hace á mí , no olvidaré la impresion que me causó la vista de un hombre que moria en el de S. Bartolomé , en ocasion que yo le visitaba : tendido en una buena cama , y en posesion al parecer de cierta especie de bienestar material , en vano buscaba en su rededor alguna persona que recogiese sus últimos suspiros , ménos quien refrigerase sus labios abrasados por los ardores de la fiebre , ni ménos escuchaba la voz suave de la Religion , que derrama las dulzuras de la esperanza sobre el cáliz amargo de la muerte . No tienen por cierto tal fisonomía los espectáculos que ofrece la caridad en los establecimientos donde preside su espíritu celestial .

Con razon decia Bálmes : « ¡ Desgraciados los que no reciben el socorro de sus necesidades sino por medio de la » administracion civil , sin intervencion de la caridad cristiana ! En las relaciones que se darán al público , la filantropía exagerará los cuidados que prodiga al infortunio , » pero en la realidad las cosas pasarán de otra manera . El amor de nuestros hermanos , si no está fundado en principios religiosos , es tan abundante de palabras como es » caso de obras . La vista del pobre , del enfermo , del anciano desvalido , es demasiado desagradable para que » podamos soportarla por mucho tiempo , cuando no nos obligan á ello motivos muy poderosos . ¿ Cuánto ménos se » puede esperar que los cuidados penosos , humillantes , de » todas horas que reclama el socorro de esos infelices , puedan ser sostenidos cual conviene por un vago sentimiento de » humanidad ? No : donde falta la caridad cristiana podrá » haber puntualidad , exactitud , todo lo que se quiera de » parte de los asalariados para servir , si el establecimiento » está sujeto á una buena administracion ; pero faltará una

» cosa que con nada se suple, que no se paga, *el amor* (1).»

Pero apartemos la vista de un cuadro verdaderamente desconsolador, y adonde las imágenes de tantos vicios se representan con sus vivos colores, para fijarla en otro que podremos considerar como su complemento : es este el que nos ofrece la condicion moral del pueblo bajo, de esa muchedumbre compuesta del jornalero, del obrero, del mendigo y de todos cuantos en la sociedad inglesa arrastran una existencia desgraciada por su falta absoluta de fortuna. La ignorancia mas vergonzosa de su gran destino, de su dignidad, de su inmortalidad y de todo cuanto ennoblece sobre la tierra la existencia del ser racional es lo primero que sale al encuentro. Mas esto no debe maravillar, si se considera lo que importa la religion que propaga el protestantismo anglicano : segun él, la fe cristiana no aparece á los ojos del hombre sino como un sistema racional ó como una constitucion humana ; el fundamento sobre que descansa es el simple juicio individual ; y Jesucristo, la revelacion y toda la serie misteriosa de dogmas y sucesos consignada en las Sagradas Escrituras, dejan de ser el lugar santo que no es lícito tocar. La razon del hombre, manchada desde su origen é incapaz de juzgar lo que no puede comprender, debe, segun aquel, romper los velos que le cubren para que no sea profanado, debe palpar sus secretos misteriosos, y *lo que ni el ojo vió, ni el oido oyó, los juicios incomprensibles y los caminos investigables*, todo, todo debe, para ser creído, pasar por el crisol de la *evidencia*, único que satisface á la conciencia racionalista. De aquí resultó que la clase baja, perdida bien pronto en una vaguedad que no podia satisfacerla, principió primero por dudar, se hizo despues indiferente, porque sus dudas no hallaron solucion en su propia conciencia, hoy no tiene religion de ningun género, porque ninguna satisface las exigencias ca-

(1) *El protestantismo comparado con el catolicismo*, t. I, c. xxxiii.

prichosas del propio juicio, y mañana concluirá por hacer sentir á la sociedad las funestas consecuencias de su irreligion. Yo he tenido particular cuidado de visitar los templos de las diversas comuniones los domingos á la hora del servicio, y he visto con asombro que los individuos de esta clase no entran en ellos sino rara vez. Este es un hecho que palpa toda la Inglaterra, y deploran altamente los protestantes sensatos. El obrero, el tendero y generalmente hablando los individuos del pueblo jamas se ocupan de religion, ni de cuanto á ella pertenece. Esta ausencia absoluta de la instruccion mas esencial, este abandono total y constante del pobre han cambiado la faz de un pueblo llamado á ser uno de los mas grandes de la tierra : su estado de ignorancia es fuera de exageracion ; y siguiendo las relaciones que hacen los encargados de inspeccionar la educacion en diversos puntos de la Gran Bretaña, millares de individuos crecen, viven y mueren sin tener nociones ni las mas remotas de Dios, de la creacion, ni de la redencion, especialmente en los campos, donde mas retirado vive el pobre del contacto de personas instruidas, y ménos medios se le ofrecen para su instruccion.

Una memoria que tenemos á la vista comunica detalles harto curiosos, y que prueban existir en medio de la ilustrada Inglaterra individuos cuya degradacion moral no es ménos que la de los Hotentotes y cabezas plateadas que habitan las regiones salvajes de África y América. Centenares de mineros, preguntados en los *comités*, declararon no haber entrado jamas en iglesia alguna, ni sabian qué se llama catecismo, ni la menor idea tenian de la cruz. Preguntado uno quién era su criador : « Mi madre, » respondió sin detenerse. Otro á quien se interrogó cuántos dioses hay : « Siete, » dijo ; y me batiré sin miedo con cualquiera de ellos ; y en fin un tercero afirmó que él no habia tenido ocasion de conocer á Cristo, porque nunca habia trabajado en su mina. Pasma sin duda oir hechos de tal naturaleza en medio de la nacion que se precia de ser la mas civilizada del mundo, y